nal apartó los ojos, temeroso de que se creyese que abrigaba duda alguna, sobre la sinceridad y la inocencia del acusado. Los jueces creyeron que, no en unas cuentas, sino en la vida entera de Q. Metelo, debian buscar las pruebas de una administracion irreprochable.» Año 461 de Roma; 113 ántes de J. C. (*Valerio-Máximo, Lib. II, cap.* 10.)

DISCURSO QUINTO.

Servio Galba, Cayo Lélio, Escipion Emiliano y otros oradores de ménos fama.

SEÑORES:

Dispuesto á cumplir, en cuanto me sea posible, lo que la última noche que nos reunimos, os prometiera, voy á ocuparme, en la presente, de algunos oradores que florecieron en Roma, en la segunda mitad, del segundo siglo, ántes de J. C.

Caton habia muerto el año 149; mas por sensible que, en todos conceptos, su falta fuese á la República, la tribuna no quedó desierta, ni en ella dejaron de resonar acentos elocuentísimos. En esta época, como ya os indiqué, la influencia de las ciencias y las letras griegas, se dejaba sentir en Roma activa y ostensiblemente. Las comunicaciones con Atenas y Rodas eran fáciles y contínuas. (1) Las bibliotecas de los patricios se enriquecieron, á espensas de las de los pueblos

y los reyes vencidos. En todo el mundo se trabajaba para contribuir á la subsistencia, el regalo, los placeres y el esplendor de la gran ciudad. (2) Acudían á Roma los sábios extranjeros á solicitar el patrocinio y las sonrisas de los dominadores del mundo, y á prestarles la cultura de su espíritu. Al propio tiempo huéspedes y maestros de Escipion, Lélio, los Gracos y otros insignes personajes, representaban en cierto modo, al génio de la Grecia, ya reducido á seguir el camino único de dominacion que, á los débiles ilustrados se ofrece, cuando se hallan bajo la fuerza de las armas, ó de caractéres avasalladores.

Antes eran los talentos y los servicios militares, casi los únicos medios de alcanzar las altas magistraturas. Ahora, ya, el talento de la palabra, y los servicios prestados en el Foro, así en causas particulares como en asuntos públicos, dan reputacion y prestigio en grande suma, y suelen, con mucha mayor frecuencia, elevar al consulado.

Un ejemplo de este aprecio que, en la época de que me ocupo, se hacia de los hombres civiles, lo ofrecen, entre otros, Emilio Lépido Porcina, P. Crasso y Escipion Nasica, el que dió muerte al primero de los Gracos. Los tres se distinguieron

mucho, sin haber corrido tras la gloria de las armas, y los tres alcanzaron grande autoridad, por el consejo ó la palabra. Escipion supo influir en el Senado, donde comunicaba á sus discursos el sello de su impetuoso carácter. (3) P. Crasso fué orador forense y sábio jurisconsulto. El derecho civil lo aprendió en la casa paterna. Juntaba á mucho talento natural una perseverancia, no menor, en el estudio, y una actividad infatigable, que á todas horas le tenía ocupado en responder á las consultas que se le hacian, ó defender los pleitos y causas que se le confiaban. (4)

Muy superior á ambos, E. Lépido Porcina, fué tenido por grande orador en su tiempo. (5) La celebridad alcanzada en el Foro, le elevó al consulado (año 137, ántes de J. C.) Mucho habrian ganado su reposo y su crédito, si no hubiese ido á gobernar una de las provincias españolas, no bien domada aún por los romanos. Sus tropas fueron deshechas, estando á punto de ser esterminadas; no por causa de la fortuna, sino porque era tan inhábil para estas luchas de los campos, como apto para las del Foro. Tuvo, por tal motivo, que sufrir las molestias, aunque no las malas consecuencias, de una acusacion ante el pueblo. A pesar de esto fué elegido cinco veces príncipe del Senado, lo cual indica que gozaba de una respetabilidad

inmensa. «Introdujo en la elocuencia la armonía de los períodos griegos, y todas las elegantes combinaciones del estilo.» Un autor, juez irrecusable en estas materias, que daba testimonio teniendo á la vista los discursos de E. Lépido, dice que demostraban, por lo ménos, que éste era buen escritor. Como todos los hombres que se distinguen, tuvo admiradores. A este número, y al de sus oyentes asíduos, pertenecieron dos jóvenes que despues habian de aventajarle: Papirio Carbon, y Tiberio Graco. (6)

De alguna más edad que los que dejo nombrados, era Servio Galba. Fué cónsul el año 144, y Lépido Porcina no lo fué hasta el 137 ántes de Jesucristo. De todos los oradores de aquela generacion, ninguno superó á Galba en la tribuna, aunque muchos le aventajasen en saber, y elocuencia escrita. Este romano debió á la naturaleza las más felices disposiciones para las luchas del Foro. Aunque no se perfeccionó en el arte de la palabra siguiendo, en un todo, el método de los griegos, ni tuvo una vocacion decidida, y el celo infatigable, y nunca satisfecho, que otros compatriotas suyos desplegaron mas tarde, supo introducir en sus discursos «las amplificaciones, las digresiones oportunas, los lugares comunes y los movimientos patéticos; y supo

utilizar todos los principales recursos de la oratoria, y los medios propios para conmover á los oyentes.»

Estaba dotado de una memoria poderosa, y dividía su atencion sin esfuerzo alguno, como se refiere que tambien lo hacía Julio César; ocupándose, simultáneamente, de varios asuntos, y dictando á varios secretarios á la vez. Una imaginacion fecunda, una inteligencia clarísima, un juicio rápido y seguro, un alma sensible y ardiente, y un carácter apasionado y turbulento, que se cuidaba más de conseguir las cosas que de conseguirlas por medios irreprochables, eran las cualidades buenas y malas de este hombre, á juzgar por lo poco que de él hallamos escrito en las historias antiguas. (8)

No era la elegancia el carácter distintivo de su palabra; no eran tampoco la dulzura, la floridez, lo ingenioso de los conceptos, ni la profusion de la doctrina, los méritos que en ella más brillaban. Sus cualidades peculiares fueron la espontaneidad y la fuerza. Compréndese esto recordando algunas indicaciones que hay sembradas en los libros de Ciceron, y recordando, asímismo, que Galba se dedicó más, á los negocios políticos, que á los estudios del sábio y del hombre de letras (9). No poseyó el ingenio cultivadísimo de Sulpicio Ga-

lo, ni los vastos conocimientos en el derecho civil, que tuvieron los Elios y Escévolas; y no pudo poner, ni puso en sus discursos, el sello de una tan grande universalidad de riquezas intelectuales.

La accion y la voz fueron en él, como en todos los oradores de primer órden, la mitad de la elocuencia. Aunque no hubiese testimonios, más ó ménos concretos, que así lo dicen (10) podría conjeturarse, sin incurrir en grande error, que sus actitudes, sus acentos, sus ademanes, eran fuertes y expresivos, cual correspondian á la violencia de su inspiracion, á la movilidad de su espíritu, á los rápidos movimientos de su ánimo, engendrados á la vista del auditorio, y por el calor mismo del debate. Conocemos, por otra parte, los éxitos de su palabra; y en este órden de cosas, como en otros muchos, los efectos revelan las causas, y aún se podría decir que las reflejan, como las cauaas los efectos.

Voy á citaros algunos de los actos públicos de Servio Galba, que nos permiten conocer al ciudadano, al propio tiempo que al orador. Hallándose en España, contra la fé prometida por la República, y sólo por sospechas de que se preparaba una rebelion, hizo perecer á treinta mil lusitanos. Acusóle Libon, tribuno del pueblo, que no carecía de elocuencia, y secundado por Caton, que tenía entónces noventa años de edad, segun unos, y ochenta y seis, segun otros, hubiera hecho sucumbir á Servio Galba en el proceso á que dió lugar un acto tan infame y salvaje, á no disponer, el acusado, del auxilio de su elocuencia. Galba se mostró resignado con el fallo que le amenazaba. Mas, con las lágrimas en los ojos, y con los acentos penetrantes y conmovedores de que seria capaz aquel hombre, sobre todo, en aquellas circunstancias, imploró para sus hijos, y para el hijo de Sulpicio Galo, la proteccion del pueblo; y recordando á todos que iban á sacrificar, como ofrenda á la causa de los lusitanos, de los enemigos de Roma, aquellos niños inocentes que más tarde podrian ser útiles á la patria, enterneció todos los corazones, y consiguió de la clemencia del pueblo, lo que no habria podido conseguir de su justicia (11).

Otro acto no ménos censurable y más significativo aún para conocer su carácter, fué la oposicion obstinada que hizo á Paulo Emilio, cuando este grande hombre volvió triunfante de Macedonia. Galba se opuso á que se le concediesen los honores del triunfo, honores tan merecidos, que acaso nunca otros lo fueron más. Para conseguir su objeto procuró relajar la disciplina, exci-

tando á la rebeldía, especialmente en el cuerpo de tropas de que habia sido tribuno militar. El Capitolio era el lugar destinado para la votacion. Los soldados lo invadieron en tumulto, y Servio Galba pidió á los tribunos del pueblo que presidian la Asamblea, que la aplazasen para otro dia, porque eran ya las dos de la tarde, y en el tiempo que hasta la noche restaba, no podia exponer todas las quejas del ejército. Instado para que hablase inmediatamente, acusó al general de haber sido muy severo en el cumplimiento de la disciplina, y muy parco en la concesion de recompensas; y lisonjeó todos los deseos y malas disposiciones de los soldados. Cuatro horas duró aquel discurso insidioso que fué terminado, no por la voluntad del orador, sino por la llegada de la noche (12).

En la mañana siguiente dió principio la votacion. La primera tribu que fué á las urnas, no puso en ellas ni un solo voto para Paulo Emilio; lo cual hizo que toda la ciudad se indignase contra los autores de aquella intriga, y que los personajes más influyentes de la República consiguieran de los tribunos, el permiso de arengar á los soldados, ántes de continuar la votacion. (13)

Marco Servilio, que habia sido cónsul y jefe de caballería, hombre sin fama de orador, pero

buen juez en materias de guerra y de milicia, usó de la palabra contra aquella turba sediciosa. Su discurso fué una verdadera filípica para el ejército, y una fuerte reprimenda para Servio Galba. Era un general que hablaba á soldados ingratos con su caudillo, y su tarea se redujo á hacerles conocer toda la ignominia de su conducta, y mostrarles el camino del honor. Para autorizar sus palabras descubrió su pecho, cubierto de cicatrices, desafiando á Servio Galba á que buscase, con iguales títulos, el respeto y la confianza de los veteranos que les escuchaban. El resultado de esta arenga fué que los honores del triunfo se concediesen por unanimidad á Paulo Emilio, y que Servio Galba quedase marcado, para siempre, con la nota de envidioso y perturbador.

Yo, señores, me complazco en admirar estos triunfos de la razon sobre la elocuencia. Grandes simpatías merece, sin duda alguna, la elocuencia; pero gusta verla vencida y humillada por la verdad, la justicia, ó la virtud, cuando se vuelve contra ellas, olvidando que debe servirlas como esclava, ó, por lo ménos, como fiel y dócil compañera. ¿Qué es, en efecto, la elocuencia, divorciada de la honradez? Será, cuando más, un arma cortante y guarnecida de oro, puesta en manos viles y perversas. ¿Qué es cuan-

do forma alianza con el desórden y la demagogia? Harto lo sabemos por desgracia de todos: es un viento tempestuoso, que aviva el incendio en cuyas llamas, al cabo y al fin, se abrasan los mismos que lo promueven. ¿Qué es cuando se pone al servicio del despotismo? Una meretriz, las más veces, que vende sus caricias por indigno precio. Y cuando la elocuencia busca ansiosamente los aplausos, y lo pospone todo al voluptuoso placer de conseguirlos; cuando ha perdido, ó no ha podido nunca tener, la noble virilidad que recibe de la virtud y de las hondas convicciones, entónces sin haberse prostituido por completo, á nada se parece tanto, como á la mujer coqueta, que busca las miradas de todo el mundo sin obtener la estimacion de nadie, y al fin expía sus ligerezas con arrepentimiento tardío, y con el desden de los mismos á quienes ha complacido, y el desprecio de aquellos á quienes ha burlado.

Pero, volviendo á Servio Galba, no puedo ménos de citaros, otro testimonio de superioridad oratoria, que, en su tiempo, le consagró uno de los hombres más sábios, más elocuentes y virtuosos de Roma. Me refiero á C. Lelio, que despues de haberse distinguido en la guerra contra Viriato, habia merecido que la opinion pública de su pá-

tria le concediese el primer puesto en el certámen de las ciencias y las letras, y otro más secundario en el de las armas; de igual modo que habia reservado á Escipion la preeminencia militar, y una gloria, únicamente superada por la de Lelio, en lo concerniente á la política y la filosofía.

En una causa criminal del mayor interés, en que aparecieron comprometidas algunas familias principales de Roma, Lelio fué encargado de la defensa de los presuntos reos. Dos veces habló con gran fondo de sabiduría y con su elegancia acostumbrada, y dos veces fué elogiado por cuantos le oyeron; pero sin conseguir de los cónsules, que intervenian aquel asunto, otra ventaja que hacerles suspender el fallo hasta más ámplia informacion. Lelio dijo entónces á los interesados, que habia hecho cuanto podia, y que su deber le aconsejaba manifestarles, que serian mejor defendidos por Servio Galba, cuya elecuencia era más patética y conmovedora que la suya.

Encargóse Galba del asunto, con la desconfianza propia de un hombre que iba á reemplazar á personaje tan eminente como Lelio, y que echaba, sobre sí, el compromiso de sobrepujarle. Veinticuatro horas tenia para estudiar la causa. Se encerró en su gabinete con sus secreta-

rios, y estuvo trabajando, afanosamente, hasta que le avisaron que los cónsules habian llegado al tribunal. «Entónces salió con el rostro y con los ojos encendidos,» revelando en su animacion, el fuego que llevaba concentrado en su pensamiento. Habló ante el mismo Lelio, y ante un concurso numeroso, tan elocuentemente como jamás habia hablado; y su palabra apasionada y vigorosa, propia para levantar tumultos populares, produjo entónces ruegos tan sentidos y penetrantes, acentos tan patéticos, que sus defendidos fueron absueltos, y el fallo prejuzgado y sancionado por las aclamaciones unánimes del auditorio. (14)

Pues bien, la elocuencia de este hombre, sólo fué conocida por sus contemporáneos. Dejó pocas obras de su génio, y éstas eran inferiores á su reputacion. Sabia elevarse á la vista del auditorio, cuando las pasiones le animaban; mas su espíritu, languidecia siempre al escribir. (15) El secreto de su elocuencia consistia en la inspiracion, producida, en su alma ardiente, por el impulso de grandes móviles; mas su inspiracion, no era como el entusiasmo del poeta, que se enciende por la sola virtud del genio, y estalla y se alimenta en el recogimiento y la soledad, más bien que entre el bullicio y los ruidos del mundo.

La elocuencia de Lelio se distinguia por caractéres muy distintos. Brillaba con luz ménos intensa, pero más constante, y estoy por decir, que más pura. Su estilo era dulce, elegante, sostenido, morigerado, por decirlo así, como sus costumbres; y sólo carecia del movimiento, y la impetuosidad tribunicia, del de Servio Galba. Sus ideas eran nobles y elevadas; en todas sus prendas literarias se veia el discípulo de los escritores y filósofos griegos, al propio tiempo que el romano fiel al carácter de su raza, y amante de las cosas patrias. Sus facultades intelectuales, domadas por el estudio, se ofrecian siempre dóciles á su voluntad: en una palabra, señores, Lelio se encontraba siempre á sí mismo. (16)

Si en reputacion de virtud hubo en su época quien le igualase, se le consideró como el primero de los romanos, en lo relativo al saber, al ingenio, á la bondad del carácter y á la prudencia en las resoluciones políticas. Este conjunto de méritos le valió el sobrenombre de *Sábio*. Cuerdísimo fué, sin duda alguna, cuando habiendo presentado la ley agraria, que despues reprodujo el primero de los Gracos, la retiró, á pesar de la justicia que la inspiraba, al ver los peligros á que exponía el órden público. (17) Indúceme esto á creer, que jamás Lelio poseyó la grande ini-